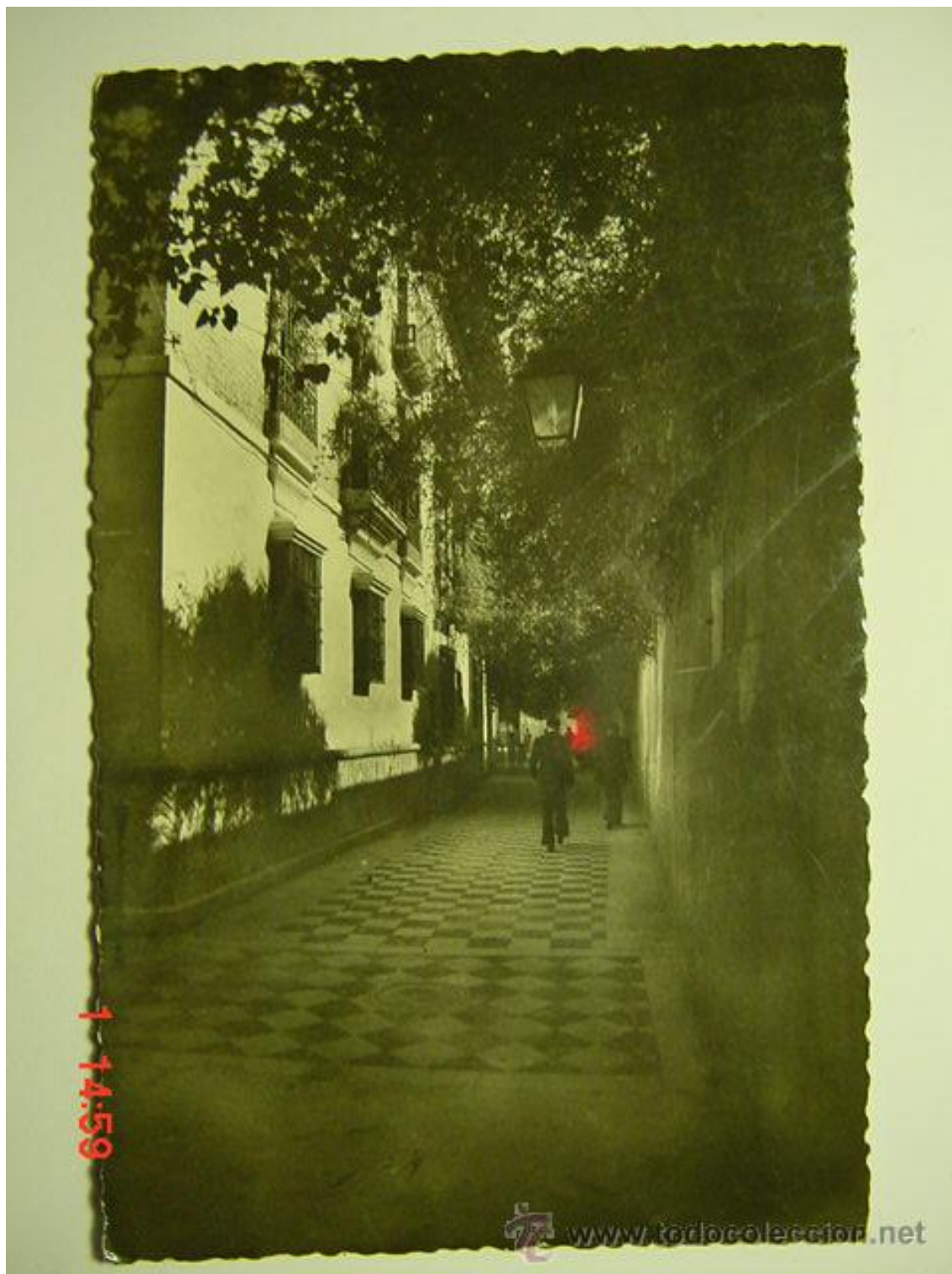


Callejón Respeto

Marcos Lopez Montenegro O ´Neill



Capítulo 1

Calle Respeto:

Son las cuatro de la mañana de un lunes seis de enero, año 2020.

En una calle desierta, solamente iluminada por la luz que desprenden algunas ventanas de la misma, pertenecientes a universitarios que se preocuparon demasiado tarde.

Al principio y al final de la calle se puede leer en azulejos blancos de letras negras "Calle Respeto". No es un nombre otorgado por un acontecimiento resaltable como podría ser "Calle cabegal del Rey Don Pedro I", situada dentro del casco antiguo de Sevilla, cuyo cómico nombre tiene una historia propia de relatar, donde un Rey supo defenderse magníficamente de una inteligente viejecita, ni es un nombre honorífico como "Calle Churruca", situada en las ciudades Madrid, Sevilla, Málaga, Alicante, Fuengirola..., nombre relevante de la historia española, un capitán que incluso después de perder una pierna siguió comandando su navío hasta la muerte en la batalla de Trafalgar. No, no es ese tipo de calle que te evoca al recuerdo ni te inspira admiración, solo es un nombre que la única utilidad de nombra una calle con el fin de evitar no tenerlo.

Pero una calle con esa denominación por desgracia en estos tiempos no transmite nada más que ironía.

El clásico sonido del motor de un pequeño camión de basura y el molesto zumbido de la potente manguera, anuncia la llegada del servicio público de limpieza, que entra en la calle con la parsimonia de aquel a quien le queda mucho por recorrer. Al mismo tiempo un cenicero asoma por una de las ventanas iluminadas y deja caer los restos de la ansiedad del estudiante, junto con ceniza y colillas.

El basurero, chascando la lengua con irritación, cierra la manguera, con un recogedor y una escoba, recoge los restos arrojados por la ventana, y vuelve a sus labores.

Llegando ya al final de la misma un peatón se le cruza por delante a gran velocidad, el limpiador sin tiempo a reaccionar aparta la manguera cuando ya los pies de este personaje han sido empapados.

Perdona no le había visto- se apresura a decir el basurero, mientras se

quita la gorra rápidamente.

Puto basurero de mierda- murmulla sin pararse el hombre que venía muy arreglado y aparentemente ebrio- ¡Yo te pago el sueldo!- le grita una vez ya se ha alejado un poco.

El basurero claramente molesto hace un amago de dirigir el chorro hacia el insultante, pero se detiene tras pensarlo mejor.

Son las ocho de la mañana del lunes hora española.

Los estudiantes, como un rebaño de ovejas cansadas de grandes ojeras, salen a paso fúnebre de los portales y continúan en grupa hasta el final de la misma, cargados con bolsas, maletines y mochilas de colores vivos y alegres.

Al mismo tiempo empieza a abrir sus puertas un pequeño café-bar que hace esquina con la calle. Los camareros van colocando las mesas y sombrillas con movimientos mecánicos, propio de la repetición insistente.

Media hora después aparecen, por el otro extremo de la calle, dos jubilados (ambos con el mismo periódico en la mano) manteniendo una conversación muy agitada sobre el partido del día anterior.

-En segundo gol debió haber sido anulado clarísimamente...-dice el del lado derecho, mientras el izquierdo asentía rápidamente en señal de aprobación. Y sin dejar terminar la frase al derecho se cede el turno de palabra.

- ¡Hoy en día no hay juego limpio ni en los deportes!-sentencia en vos aun más alta para oírse por encima de las palabras de su compañero- Es verdaderamente vergonzoso que un árbitro sea capaz de venderse de esa forma por cuatro chavos y medio...

Al llegar al bar, ya montado y con un camarero fumando en la puerta, se sientan en la mesa más soleada. El camarero tirando la colilla al suelo se les acerca y pregunta:

-¿Qué desean tomar?

- Pues ¿qué crees? ¿Una tila?- responde el que había sido interrumpido

con sarcasmo- lo mismo de siempre, dos cafés cortos y sin azúcar.

El camarero se marcha con el ceño fruncido a preparar la comanda. En ese instante ambos abren sus respectivos periódicos y comienzan a leer con grata satisfacción. (Parece ser que los cotilleos del día de ayer resultan realmente succulentos). En la portada del periódico se puede leer en letra grande "¡ESCANDALO EN EL PARLAMENTO! Un político ha decidido presentarse en el parlamento en pijama, alegando que entra dentro de sus derechos la libertad de expresión y que nadie puede decirle que no de llevar. Además hoy no se sentía como para ir en chaqueta y corbata. (Señala el propio)"

El ceñudo llega con la comanda, deja de casi mala gana los cafés en la mesa y se marcha antes de que puedan quejarse de algo.

Varios minutos después bajan desde el hostel de la parte superior del bar una pareja de turistas adormilados pero sonrientes. Con grandes esfuerzos y gestos entre el camarero y los extranjeros consiguen acordar un pago después del desayuno por un día más en el hostel.

Los turistas se sientan y piden por medio de gestos un café, un té y cuatro tostadas, con una sonrisa el camarero se mete rápidamente a entregar la comanda a su compañero. Mientras los turistas se ponen a hablar tranquilamente en su idioma.

-¿Has visto?- dice el jubilado sarcástico.

-¿Qué?- pregunta el otro que estaba absorto mirando el apartado de deportes, pues los cotilleos se habían acabado a partir de la segunda página.

-Como tratan aquí a los extranjeros- responde enojado el segundo- todo son sonrisas y gestos de cortesía para quien tiene pasta, y sin embargo, nosotros que llevamos currando toda la vida solo conseguimos malas miradas y que me intenten manchar los pantalones de café.

- El dinero hoy lo maneja todo, en nuestra época por lo menos había un poco de respeto por la vejez- corresponde el segundo sin darle importancia mientras vuelve a sus queridos futbolistas.

El otro con grandes aspavientos y refunfuños se decide por fin a probar el café. Poniendo cara de asco por la amargura del mismo, da un golpe en la mesa con la taza.

-¡Camarero!- grita sobresaltando a los turistas.

Un camarero diferente llega muy apresurado con cara pálida.

-¿Qué sucede caballero?- pregunta el camarero con voz insegura y asustada.

- ¿Tú que eres el nuevo?- dice el quejoso con voz despectiva.

- Si señor ¿en qué le puedo ayudar?

- El inútil de su compañero nos ha servido el café frío haga el favor de calentarlo

- En seguida señor- contesta el camarero frunciendo el ceño medio fruncido.

Mientras esto sucede un vistoso obre de negocios camina a paso rápido por el otro extremo de la calle, oliendo a una mezcla de ego, elegancia y gota de oro.

A la mitad de la calle se topa con una agrupación de turistas que intentan entrar todos a la vez en una minúscula fauces romana (y con la segunda puerta cerrada), con el único fin de hacer una foto al interior de una antigua casa de arquitectura románica. El murmullo de las cámaras de fotos parece su única lengua y la voz ampliada su forma de reclamo. Este pequeño rebaño ocupaba todo el espacio de la estrecha calle.

El destacado enchaquetado aminora el paso con clara impaciencia y se frena a espera al movimiento de la masa. Ante la idea de que esta permanezca inmóvil, empieza a pedir paso con educación pero tras intentarlo con y sin ella decide arremeter contra el público.

-¡Oye un poquito de educación!- grita uno de los fotógrafos expertos

-¡La misma que vergüenza vosotros!- grita el otro sin volver la vista.

Unos cuantos murmullos salen del interior del vestíbulo mientras intentan salir todos a la vez, movidos por la curiosidad del conflicto.

Horas más tarde, la calle vuelve a vaciarse casi por completo con la excepción de la pareja del hostel se dedican a conversar tranquilamente mientras disfrutan de una comida para ellos fuera de hora.

Por la misma esquina de la que se marchó aparece el grupo de estudiantes apurados por el hambre. Se dirigen con sonoros pasos y voces al Café-Bar.

Llegan y se sientan en las sillas ocupando los otros sitios con mochilas con el fin de reservarlos para los cómplices que se retrasan, y para evitar el

robo de las mismas por compañeros menos queridos en la mesa.

De forma casi simultánea, la gran mayoría saca los distintos tipos y marcas de paquetes de tabaco. El camarero llega y toma nota de todas las comandas con envidiable facilidad ya que estas se resumían en cerveza y montaditos de jamón.

Llegadas las cuentas de las diferentes mesas, los grupos se silencian mientras se toma nota de lo que ha de pagar cada uno. En el momento de poner el dinero voces airadas y molestas.

-¿Dónde está Sofía?- pregunta uno.

- ¿Y Daniel?- el otro.

-¿En serio?, otra puñetera vez se van sin pagar- grita el primero mientras el resto mira a su alrededor.

- No entiendo cómo le pueden hacer esto a sus propios amigos- alega entristecida una de sus compañeras.

La pareja de turistas que estaba todavía sentada con el mapa abierto, rodeando con un rotulador rojo los puntos por ver y tachando los ya vistos, se queda contemplando la escena comprendiendo sin comprender la situación.

Son las seis de la tarde de un lunes:

Las luces del alumbrado público hacen rato se encendieron y por la calle corre un viento lento y frío. Al principio de la misma podemos observar a un padre que camina con su hija de la mano.

Esta lleva un uniforme de la escuela primaria y camina sonriendo alegremente. El padre sin embargo más serio está hablando por teléfono.

-¿Podría ser a otra hora?, mi hija mañana tiene tutoría, mi mujer me ha dicho que valla y... - ruega el padre.

Unos acalorados chirridos del teléfono.

-De acuerdo ahí estaré- termina la conversación el padre con el semblante serio por el enojo.

La hija había ido dejando caer la sonrisa de sus labios según le fue llegando la información. El padre le mira con cara de disculpa y ella le sonríe tristemente.

Son las cuatro de la mañana de un martes cuatro de febrero, año 2020

En una calle desierta, solamente iluminada por la luz que desprenden algunas ventanas de la misma, pertenecientes a universitarios que se preocuparon demasiado tarde.

El clásico sonido del motor de un pequeño camión de basura y el molesto zumbido de la potente manguera, anuncia la llegada del servicio público de limpieza, que entra en la calle con la parsimonia de aquel a quien le queda mucho por recorrer. Al mismo tiempo un cenicero asoma por una de las ventanas iluminadas y deja caer los restos de la ansiedad del estudiante, junto con ceniza y colillas...

El basurero mira las colillas con verdadero odio, pero enseguida cambia la cara y con una sonrisita picara pasa por encima de ellas sin recogerlas.

Sigue su ruta preestablecida y termina de limpiar la calle cuidándose mucho de no tocar con la manguera las ansiedades arrojadas. Al llegar al final de la calle se topa con un ya conocido borracho pero esta vez viene acompañado de un compañero que no parece estar menos ebrio. Ambos cantan alegremente la última canción del momento de un conocido regaetonero, del que se sabe que su música ha sido ya duramente censurada por diversos países que la tachan de indecente y no apta para públicos menores fácilmente influenciables.

Los cantantes aficionados pasan de largo omitiendo la existencia del tercero. Al llegar a los desperdicios no recogidos uno de ellos se para, obligando a su compañero que casi se cae a detenerse, mira las colillas y sonríe.

¡Basurero!, ¡limpia cacas! Te has dejado un trozo- dice riéndose con su compañero- entiendo que en el colegio te costaran la sumas pero esto es demasiado- el compañero se ríe sonoramente mientras murmura algo ininteligible.

El basurero hace caso omiso de las burlas y se pierde entre las calles, junto con su clásico sonido de motor y bomba hidráulica.

Son las ocho de la mañana hora española.

Los estudiantes salen velozmente, esta vez divididos en pequeños grupos, perdiéndose entre el frío.

Al mismo tiempo empieza a abrir sus puertas el café-bar de las esquinas. Y a la media hora aparecen los dos ancianos caminando más lentamente de lo habitual, ya que uno lleva un bastón y se queja sonoramente del dolor

en la rodilla.

El camarero que esta apostado en la puerta con su cigarro en la boca, mira con rabia a los clientes y tira el cigarro al suelo. Se mete dentro y empieza a preparar la comanda que ha aprendido a base de reprimendas.

¿Qué tienes en la rodilla que tanto te quejas?- pregunta el que no tiene bastón.

Vejez y frio- responde el otro- Además el farmacéutico es un imbécil que se niega a darme analgésicos fuertes sin receta. No sabes la que le he montado al inútil. ¡Sabré yo lo que tengo!

Es lo que tiene que con tanta burocracia- sentencia el primero.

Se sientan en sus respectivos sitios a la vez que el camarero deja los cafés en la mesa.

Para una vez que no preguntas, justo hoy quiero otra cosa- dice el dolorido que se había tenido que sentar con la pierna estirada para evitar doblarla al camarero.

Este resignado completamente a cualquier tipo de discusión recoge el café.

¿Qué quieres entonces?

Un café irlandés bien cargado, y a ver si te enseñan modales, a los mayores se les trata de usted- responde de mala manera abriendo el periódico.

Chasqueando la lengua se marcha para dentro del bar.

¿Alcohol? Pero hombre ¿no te lo había prohibido el médico?- pregunta el compañero preocupado.

¡El mismo que no me da calmantes fuertes!- responde el otro.

Sin decir una palabra más se ponen a leer el periódico como cada día. En la portada se puede leer "Posible dimisión del entrenador del Teruel ante un caso de fraude. El entrenador estaba solicitando dinero para unos equipos de entrenamiento que nunca existieron". Se inicia una larga discusión sobre la veracidad del contenido del periódico, donde llegan a la conclusión de su desacuerdo.

Pocos minutos después de la tertulia, cuando llegan a las últimas páginas del periódico, aparece el siguiente título; "Muere en Madrid un anciano de 70 años por auto medicarse. Se investiga como a llegado a obtener los medicamentos."

El preocupado amigo mira a su compañero con claro reproche, mientras

este evita su mirada colorado por la vergüenza.

Mientras esto sucede el empresario está embistiendo sin apenas preocuparse contra la ahora reducida multitud de turistas.

El resto del día transcurre sin ningún suceso, es más, el suceso reside en la falta del mismo, ya que no se han reunido ninguno de los estudiantes.

Son las cuatro de la mañana de un miércoles cuatro de febrero, año 2020.

Un olor a ceniza mozada inunda la calle, tan fuerte que resulta desagradable pasar por ella.

El clásico sonido del motor de un pequeño camión de basura y el molesto zumbido de la potente manguera, anuncia la llegada del servicio público de limpieza, que entra en la calle con la parsimonia de aquel a quien le queda mucho por recorrer. Al mismo tiempo un cenicero asoma por una de las ventanas iluminadas y deja caer los restos de la ansiedad del estudiante, junto con ceniza y colillas.

El basurero se inunda en su irritación pues una montonera de cigarros hace cumbre delante suya, parece que su pequeña rebelión no tiene ni sentido ni reacción. No hay forma de luchar solo contra masa.

A pesar de todo continúa con su labor, negándose ya por capricho a recoger tal estropicio. Pero al llegar al final de la calle aparece explotar ante unas rimas procedentes de la calle siguiente.

Y ese puto basurero no recoge con espero. Que confunde calles con ceniceros, más tonto es o eso creo...- canta el borracho repetidamente.

El basureo se esconde con la manguera en la mano esperando a su atacante verbal. Al aparecer este, le dispara con toda la fuerza de la manguera derribándolo al suelo.

El puto tonto del basurero se ha hartado de las faltas de respeto de un borracho enclenque- dice este con una risa que evoca más odio que diversión.- El basurero dimite.

Enseguida se sube a su camión y recorre la calle marcha atrás. Mientras el otro se levanta aturdido por el golpe.

Son las ocho de la mañana, hora española.

Los estudiantes salen individualmente sin siquiera mirarse a la cara. El escenario es entristecedor. La niebla mañanera y la leve llovizna generan pequeños ríos negros de ceniza y agua que se pierden en los desagües, mientras el paraje se sumerge un blanco grisáceo propio de las películas melodramáticas.

Media hora después de la salida de los estudiantes aparecen los dos jubilados con las narices contraídas quejándose sonoramente del olor. Sus palabras son lo único que se puede escuchar en toda la calle con un eco inusual.

Al llegar a la esquina, se topan con las puertas del café-bar cerrado y un cartel que dice:

Nos trasladamos a "Calle Churruca"

En vista del poco saneamiento de la calle y de los recientes ataques contra los turistas recibidos por los transeúntes, la clientela se ha reducido drásticamente, llegando al punto de solo tener dos insoportables clientes que atentan verbalmente contra el dueño del establecimiento.

Queda restringida la entrada a estos dos sujetos.

Tras leer, se miran fijamente a los ojos. Avergonzados dan media vuelta y comienzan la retirada en completo silencio, dejando que sus pasos sean el único sonido apreciable. Cuando llegan al final uno de ellos se para y mira con verdadera culpa al establecimiento.

Quizás nos hemos pasado- murmura.

El otro asiente levemente con la cabeza mientras mira sus zapatos.